

leto, privado. Tenés la sensación de que estás espiando una experiencia, por un lado, por lo físico... Que no sería ninguna novedad, porque ya han pasado los años sesenta donde se ha explorado todo lo referido al espacio. Pero eso no significa que no haya que aprovecharlo, y no ver que la utilización del espacio también es un criterio ideológico y político, cómo se coloca el teatro ante la comunidad. Es un ejercicio de vínculo con la actuación. Vos ves todo. No hay ninguna forma de que el actor esté cubierto o protegido por algo. Es una relación casi física con la actuación.

Ó. C.: *¿Crees que estas limitaciones espaciales, pero también económicas, potencian la creatividad?*

R. B.: No sé si la potencian, lo que hacen es que uno esté dispuesto a no esperar a que alguien le dé el permiso para crear, que es lo que les pasa a los europeos, que están con una relación dependiente y adolescente con el Estado, donde necesitan todo el tiempo la garantía de la existencia de algo que no sea la pasión, que les dé legalidad, el subsidio, la subvención, etc. Ése es un problema serio, porque se empieza a tener dependencia de los medios, cuando en realidad el teatro se puede hacer con muy pocos medios. No es que yo aspire a morirme de hambre, pero si el Estado no me legitima el lugar que yo creo tener, no me debo sorprender porque el Estado torna ilegítimas cosas muchísimo más graves: acepta que la policía pueda seguir matando gente en la calle.

Ó. C.: *¿Entonces el modo de producción determinaría la ideología de un producto, también de un producto artístico?*

R. B.: En la producción del objeto artístico está presente la ideología y la visión del mundo. Difícilmente los lenguajes renovadores se hubieran provocado, porque esos creadores hubieran hecho un teatro a las maneras tradicionales. Era en el seno de las experiencias grupales de

ensayo donde se produjeron las aportaciones más singulares del siglo pasado. El teatro apuesta a lo intenso porque es claro lo parcial del vínculo, reivindica la totalidad porque está claro que nos vamos a abandonar. Como amantes desenfrenados, uno se junta un tiempo, pero no es para toda la vida, es en este tiempo; con lo cual, esta conciencia nos hace más intensos que si tuviéramos legalizado el vínculo por pertenecer a una institución llamada grupo, institución, o lo que sea.

Óscar Cornago es investigador contratado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. Se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Madrid. Sus investigaciones se han centrado en el teatro, el cine y la literatura del siglo xx desde el punto de vista de la historia de las ideas estéticas y el pensamiento de la Modernidad.

Lorena Verzera es docente de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales de Buenos Aires y becaria del CONICET (Consejo Nacional de Investigación Científica y Técnica). Desarrolla su investigación en GETEA (Grupo de Estudios de Teatro Argentino e Iberoamericano). Sus trabajos se centran en el teatro argentino en relación a los lenguajes populares y las configuraciones ideológicas.

Sandra Carreras

Memorias en diálogo. Dos aproximaciones

En los últimos tiempos se ha registrado tanto en el ámbito académico como en la producción literaria, el cine y los medios de comunicación un aumento de la presencia de temas relacionados con la memoria. Este año, el 60° aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la liberación de los campos de concentración fue objeto

de numerosas conmemoraciones a nivel internacional. En Alemania, la inauguración del Monumento a los Judíos asesinados de Europa (*Mahnmal*), emplazado en pleno centro de Berlín, fue el hecho que más atención convocó al respecto, pero no el único. El tema de la memoria ha sido también objeto de numerosas actividades académicas, entre las que destacan dos simposios internacionales realizados recientemente en Berlín, que han tenido la virtud de contribuir a dotar de mayor visibilidad a los aportes del ámbito ibérico y latinoamericano en los debates sobre la globalización de la memoria. El primero, titulado “La cultura de la memoria histórica en España y Alemania”, se llevó a cabo entre el 26 y el 28 de mayo de 2005 en el marco del ciclo “Las relaciones culturales hispano-alemanas” organizado conjuntamente por el Instituto Cervantes y el Instituto Goethe, y contó con la participación de los ministros de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos y Joschka Fischer, y el escritor y ex-ministro de Cultura Jorge Semprún en el primer panel. El segundo, “Culturas urbanas de la memoria: Berlín y Buenos Aires”, tuvo lugar del 21 al 23 de junio en el marco del convenio de hermanamiento entre ambas metrópolis y fue organizado, bajo el patrocinio de los gobiernos de las dos ciudades, por el Instituto Ibero-Americano y la Academia Europea en cooperación con varias instituciones dedicadas al trabajo concreto de memoria.

Cada uno de los simposios contó con la participación de representantes oficiales y más de una treintena de especialistas provenientes de diferentes disciplinas y áreas de la vida social y cultural de los países involucrados. Dadas las dimensiones de ambos encuentros no es posible ofrecer en este espacio más que una descripción general de los temas tratados y las principales cuestiones sometidas a discusión.

El objetivo del simposio hispano-alemán era indagar el modo en que la sociedad española y la alemana se han enfrentado al problema de la memoria, analizar el papel que juega la reelaboración del pasado en la construcción del futuro y explicitar las percepciones mutuas en torno a esta cuestión. Un tema recurrente a lo largo de las distintas sesiones fue el de la necesidad de distinguir entre historia y memoria. La mayoría de los ponentes optó por presentar la historia como una actividad científico-académica referida al conocimiento “objetivo” del pasado, soslayando la discusiones teóricas y metodológicas desarrolladas dentro de esta disciplina que vienen poniendo en cuestión esta definición desde hace ya varias décadas.

Menos acuerdo hubo con respecto al concepto de memoria. Desde un punto de vista filosófico se destacó la actividad constructiva de la memoria con respecto al rescate del pasado silenciado en el presente, en franco cuestionamiento de la realidad de lo fáctico. Según esta postura, la “realidad” no quedaría agotada en lo que “es”, sino que incluiría también lo que “no llegó a ser”, de modo que la memoria sería una hermenéutica de la vida que pone el acento en lo que hasta ahora fue considerado insignificante haciendo que nada se pierda. Desde la perspectiva de la psicología social, en cambio, se subrayó el componente emotivo de la memoria, su referencia al presente y al futuro en tanto fuente de orientación para la vida, y el hecho de que el recuerdo es siempre indisoluble del olvido.

Con respecto a la cuestión de si la memoria constituye o no un imperativo moral y si realmente puede y debe servir de base para la acción orientada al futuro, las opiniones también estuvieron divididas. A la idea de que las personas y las sociedades que han perdido la memoria

tienen una capacidad de supervivencia limitada se opuso la de que un exceso de memoria implica dos riesgos: primero, que por esa vía se mantenga y reproduzca la fascinación provocada por los totalitarismos, y segundo, que la obsesión por el pasado pueda resultar en una desorientación creciente con respecto al futuro. Por un lado, se subrayó que la confrontación con el pasado nazi y los crímenes de la Guerra Civil debe continuar para que las generaciones futuras no pierdan la conciencia de los peligros que pueden acechar a la democracia. Por otro lado, se resaltó que el recuerdo de los crímenes cometidos no garantiza que no puedan cometerse otros, sino que esto depende del desarrollo de un compromiso democrático y de la decidida oposición a todas las formas de dictadura en el ámbito político, en el profesional y en la vida cotidiana, y que resulta altamente paradójico que las mayores conmemoraciones sobre el fin de la Segunda Guerra Mundial se hayan llevado a cabo justamente en el momento en que se discutía la creación de campos para internar a los migrantes que intentaban ingresar a Europa. También se llamó la atención sobre el hecho de que no toda forma de memoria constituye *per se* una contribución a la convivencia democrática y que debería prestarse más atención al tipo de memoria que se construye y difunde a nivel social y a sus interrelaciones con las memorias individuales.

Otro tema del simposio fue el tratamiento que se ha dado a través del tiempo al pasado nazi en Alemania y a la Guerra Civil en España. En el primer caso se puso el acento en la historización de la cuestión y su periodización en torno a la actitud adoptada por las sucesivas generaciones. Además se hizo referencia al desarrollo de dos memorias diferentes en los dos Estados alemanes durante la época de la Guerra Fría. En cuanto al caso español, las

discusiones se concentraron en cambio en la cuestión de si la Guerra Civil había sido tratada de manera adecuada durante el proceso de la transición a la democracia, de si hubo o no continuidad entre ambos regímenes y de si es adecuado hablar de la existencia de un pacto de silencio hasta nuestros días.

En un panel sobre el trabajo concreto de la memoria se subrayó la importancia de las iniciativas de la sociedad civil para lograr el esclarecimiento sobre los crímenes y la reparación jurídica que los poderes del Estado fueron reacios a conceder. En España sobresalen las acciones de la Asociación para la Memoria Histórica en sus esfuerzos por identificar a las víctimas del franquismo hasta hoy anonimizadas en fosas colectivas y por dar a conocer las voces de sus familiares que aún padecen las consecuencias psíquicas del terror entonces impuesto. Por otra parte, la experiencia de un ciclo de programas radiales emitidos entre 2001 y 2002 indica que buena parte de ese miedo ha sido superado, pero que tuvo que pasar mucho tiempo para que la gente se atreviera a mencionar en el ámbito público los crímenes perpetrados contra sus familiares. Con respecto a Alemania se tematizó la experiencia de la ocupación del Archivo del Ministerio de Seguridad del Estado de la RDA luego de la caída del muro por parte de organizaciones civiles, lo que permitió salvar una enorme cantidad de material documental que puede aportar pruebas en los casos en que las víctimas reclaman justicia ante los tribunales y que además ha permitido apartar de la administración pública de la Alemania unificada a quienes habían participado en forma directa en los aparatos de represión del régimen comunista. Con respecto al pasado nazi se destacó la existencia de una amplia variedad de iniciativas, fundaciones y asociaciones, relacionadas de diversas maneras

con diferentes organismos del Estado, y se mencionó la tendencia a la profesionalización del trabajo de la memoria en manos de especialistas. Frente a esto se destacó también el papel de la literatura y el cine en el trabajo de la memoria incluidos sus componentes artísticos.

Lo que en el encuentro hispano-alemán apareció sólo al final, constituyó en cambio el núcleo del simposio sobre las “Culturas urbanas de la memoria en Berlín y Buenos Aires”, que colocó el énfasis en las manifestaciones del trabajo concreto de la memoria en el espacio de la ciudad. Su objetivo fue servir de plataforma de diálogo e intercambio de experiencias entre dos ciudades cuyo paisaje está marcado por las huellas del terror y en las cuales la cuestión de cómo corresponde recordar ese pasado traumático sigue siendo objeto de fuertes controversias. Por eso, en este caso, las presentaciones confiadas a historiadores tuvieron un carácter introductorio destinado a explicitar el contexto de mediana y larga duración en el que se insertan las culturas de la memoria de ambas ciudades.

El segundo panel estuvo dedicado a la presentación, visualización y descripción de los lugares de la memoria. Más allá de ejemplos tan prominentes como la Puerta de Brandenburgo y la Plaza de Mayo, los lugares de la memoria están distribuidos por toda la planta de las metrópolis. En el caso de Berlín, los elementos del recuerdo inscriptos en la ciudad se refieren a diferentes capas históricas, cuyas interrelaciones siguen siendo objeto de tematización y disputa. Las huellas de las diferentes experiencias dictatoriales se distribuyen en forma descentralizada por todo el tejido urbano y los monumentos, recordatorios, placas informativas, instalaciones artísticas y diferentes formas de identificación referidas al pasado nazi y a la historia de la RDA suman en conjunto varios centenares.

En conexión con esta cuestión se discutió la importancia e implicaciones de la transformación de los sitios del terror en lugares de la memoria. En Buenos Aires, el trabajo de identificación de los centros del terror estatal durante la dictadura militar está lejos de haberse completado y ha tropezado hasta ahora con serias dificultades, que resultan tanto del carácter clandestino con que se realizaron esas acciones como del hecho de que esos sitios fueron luego destruidos o mantenidos bajo la jurisdicción de las mismas fuerzas que ejecutaron la represión. La recuperación arqueológica de espacios como el centro de detención “Club Atlético”, que más tarde fue demolido para construir sobre su planta una autopista urbana, y la Escuela de Mecánica de la Armada, que finalmente pudo ser retirada de la jurisdicción de esa fuerza militar, para consagrarlos como lugares de memoria se hace con el objetivo de devolver la identidad, la historia de vida y las memorias silenciadas de quienes padecieron la represión sin por ello victimizarlos. Tampoco en Berlín ha sido incontrovertida la transformación de los sitios del terror en lugares de la memoria, los cuales, a diferencia del caso de Buenos Aires no se refieren a un solo pasado dictatorial sino a dictaduras diferentes: la prisión de Berlín Hohenschönhausen, instalada por las fuerzas soviéticas y transformada en el principal centro de terror psicológico de la RDA; el Muro de Berlín, que no sólo simbolizaba sino que efectivamente materializaba la división de la ciudad y que fue rápidamente demolido hasta volverse irreconocible; la Topografía del Terror, en el terreno en el que estuvo asentado el Cuartel General de la Gestapo y el Servicio de Seguridad de la SS, que pese a todos los proyectos que se sucedieron desde la década del 70 sigue hoy en el estado de una exposición provisoria.

En este simposio se prestó mucha atención a las formas y lenguajes estéticos

en que se ha plasmado la memoria en las dos ciudades. En Buenos Aires, la representación de siluetas a escala natural, en clara referencia a los miles de desaparecidos, es la más recordada de las prácticas artístico-políticas que en los años ochenta proporcionaron visibilidad a los reclamos del movimiento de derechos humanos en forma de una creación colectiva. Esta misma línea sigue manteniéndose hasta la actualidad en proyectos concebidos y realizados por artistas en cooperación con distintos grupos sociales y en los que se adjudica un papel preponderante a la participación de niños y jóvenes y a la transmisión intergeneracional. También en Berlín se reconoce la importancia del problema de la comunicación intergeneracional: los hijos que cuestionaron el silencio de sus padres y los nietos que establecieron la comunicación con sus abuelos —al precio, en más de un caso, de lavarlos de toda responsabilidad por los crímenes efectivamente cometidos—. Justamente para representar la incomunicabilidad de los crímenes del nazismo se apeló a los contra-monumentos y las metáforas del vacío. Con respecto al Muro, se trata más bien de trabajos que tematizan el proceso de su desaparición. Pero igual que en Buenos Aires, también en la capital alemana se realizan proyectos que involucran la participación colectiva, incluida la de los niños, como el recorrido que, al modo de un juego de la memoria instalado en las calles del Bayerischer Viertel, permite vivenciar la persecución sufrida por los judíos bajo el régimen nazi.

El panel sobre monumentos y memoriales se abrió con una reflexión sobre el Monumento a los Judíos asesinados de Europa (*Mahnmal*), inaugurado en Berlín en mayo de este año luego de 17 años de agitados controversias. Las primeras experiencias indican que los visitantes reconocen el efecto estético del memorial,

en tanto que, en el centro de información construido a nivel subterráneo, al que no todos los visitantes acuden, se expone con toda claridad la dimensión de los crímenes perpetrados. Queda abierta la cuestión de si la instalación de este monumento central modificará el hasta ahora descentralizado paisaje de la memoria en esta ciudad. No menores son los interrogantes que se plantean en Buenos Aires en torno al Parque de la Memoria que se está construyendo en la costa del Río de la Plata bastante alejado del centro histórico de la ciudad. Su diseño parece responder a un juego de compensaciones pues está compuesto por distintas áreas dedicadas al recuerdo de los desaparecidos durante la dictadura, de las víctimas del atentado a la Asociación Mutual Israelita Argentina en 1994 y de los justos gentiles. El recorrido termina en el río al que fueron arrojados los cuerpos de muchos de los desaparecidos, lo cual parecería indicar la intención de recuperar este momento con énfasis especial.

Con respecto a la relación entablada entre diferentes actores de la sociedad civil y del Estado se resaltó que la misma está caracterizada por la ambigüedad por el mismo hecho de que lo que se trata de recordar son los crímenes cometidos desde el Estado, a sabiendas de que sin la acción del mismo no es posible alcanzar justicia. En ambos casos resulta claro que sin la activa participación de los grupos de sobrevivientes y familiares y de diferentes iniciativas ciudadanas y locales que se movilizaron por el reconocimiento de sus derechos y contra el olvido, difícilmente los representantes del Estado se hubieran hecho cargo de la cuestión. Por otra parte, dejar el proceso exclusivamente en manos de los grupos afectados traería consigo el riesgo de que los iniciadores terminen siendo los únicos destinatarios de esas acciones.

Por último, el carácter performativo de la memoria se discutió en torno a ini-

ciativas como la red Aktives Museum Berlin, un museo sin edificio que se configura en torno al trabajo continuo de sus integrantes, el proyecto multimedial sobre la resistencia al nazismo desarrollada en el barrio de Neukölln, las rondas de las Madres de Plaza de Mayo y las acciones con que la organización H.I.J.O.S. busca llamar la atención de los habitantes de los barrios en los que viven los responsables de crímenes que permanecen impunes.

En síntesis puede decirse que ambos simposios contribuyeron a profundizar la reflexión sobre el tema de la memoria y a poner en el tapete su internacionalidad, pero lo hicieron de diferente manera. Si en el encuentro hispano-alemán se puso el acento en la reflexión académica, el desarrollo histórico y la palabra escrita, en el diálogo entre Berlín y Buenos Aires se privilegió el intercambio sobre el trabajo concreto que se realiza en la actualidad, incluidos su anclaje teórico, su inscripción en el paisaje urbano, sus dimensiones estéticas y la diversidad de sus lenguajes. Si con respecto al primero podría criticarse que el énfasis en la cultura de la memoria enunciada en singular y localizada a nivel nacional ocluyó la tematización de la pluralidad de manifestaciones locales y sociales, incluida la de género, el segundo tuvo el defecto de haber soslayado la importancia del trabajo pedagógico. En ambos casos hubo acuerdo en que no se trata de comparar historias, sino de reflexionar sobre los modos en que las sociedades afectadas las procesan, y que ésta es la mejor contribución para hacer fluir las especificidades locales y nacionales en el gran torrente del debate sobre la globalización de la memoria.

Sandra Carreras es historiadora y actualmente se desempeña como investigadora en el Instituto Ibero-Americano de Berlín. Sus publicaciones más recientes son Preußen und Lateina-

merika. Im Spannungsfeld von Kommerz, Macht und Kultur (2004, coedición con Günther Maihold) y Entre la familia, la sociedad y el Estado: Niños y jóvenes en América Latina, siglos XIX-XX (2005, coedición con Barbara Potthast). Correo electrónico: carreras@iai.spk-berlin.de.

Walther L. Bernecker

Recuperando la memoria histórica: fosas comunes en España. Entrevista con Emilio Silva

Walter L. Bernecker (W.B.): Emilio, tú eres el fundador y Presidente de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica. ¿Esa Asociación, por qué se ha fundado y qué quiere?

Emilio Silva (E.S.): Esa Asociación se ha fundado, porque hace cinco años, el 5 de marzo del año 2000, yo casualmente encontré el lugar donde estaba enterrado mi abuelo que fue un militante de Izquierda Republicana al que un grupo de pistoleros de Falange había fusilado el 16 de octubre del año 1936. En octubre del año 2000, con un grupo de arqueólogos y forenses abrimos la fosa donde se encontraban 13 cuerpos, con mi abuelo entre ellos. Yo, lo único que quería era identificar a mi abuelo y enterrarlo con mi abuela que se había muerto seis años antes. No buscaba otra cosa, pero durante los cuatro días que duró la excavación, en el Bierzo que es una comarca limítrofe con Galicia, encontramos en pueblos, en algunos casos

* La entrevista se realizó en Berlín el 27 de mayo de 2005, con motivo del congreso internacional "La cultura de la memoria. La memoria histórica en España y Alemania".